

EL HIJO DEL CRISTALERO

Por Jánika

Hace ya mucho tiempo, existió en un reino lejano un déspota tirano que era padre de la hija más bella de toda la región, y de todas las zonas explorables de las cercanías. Su belleza era tal que no había flores con las cuales ser comparada.

Su padre, que la amaba con locura, dedicaba la mayor parte del tiempo que el gobierno de la región le dejaba para estar con ella y para revisar los poemas que los escritores del reino le dedicaban. Cada vez que había varias series de versos lo suficientemente bonitos como para saber ensalzar su belleza, se preparaba un pleno y se los recitaban a la princesa.

La princesa, que se llamaba Cristel, no era, tal y como sería de esperar, engreída ni orgullosa, y agradecía estas muestras de afecto que los súbditos le ofrecían con sencillez y humildad, pero sobre todo, con simpatía. Pero llegó un momento en el que su amantísimo padre se cansó de leer y revisar tanto poema, decidió que los escritores de su reino habían perdido la inspiración y los desterró a todos, para gran tristeza de la princesa, que había estado muy entretenida con aquellos hermosos versos, aunque repetitivos, que elogiaban su incomparable belleza.

Pasaban los días y la princesa estaba ya tan aburrida que ni siquiera salía de los aposentos. Aquello no le parecía nada bien a su padre, y mucho menos ahora, que, al estar en edad casadera, debería de estar acudiendo a bailes, recepciones y convites en los cuales conocer a buenos mozos de alcurnia para unirse a un digno heredero de la corte.

De este modo, el padre, al enterarse de que unos comerciantes ambulantes habían llegado a la región decidió acercarse a verlos para comprobar si serían capaces de ofrecerle algo inusual que fuese del agrado de la princesa, y le devolviese su buen humor natural.

Se vistió de incógnito y empezó a visitar los puestos. Creía que no hallaría nada de interés hasta que, en un puesto apartado vio a un maestro cristalero que estaba enseñando a un aprendiz, quizás su hijo.

El maestro estaba enseñándole al muchacho como tallar un cervatillo en fino y delicado cristal. El rey esperó a que acabasen, seducido por el hermoso arte del maestro, y decidió comprar uno de los cervatillos.

Regresó muy feliz al palacio, puesto que pensó que con un gesto tan simple, conseguiría alegrar a su hija.

A la princesa le gustó el cervatillo, pero al rato lo dejó olvidado sobre el tocador, junto a innumerables rollos y pergaminos llenos de versos, como un presente más.

- ¿No te ha gustado el cervatillo de cristal que te traje?

- Sí, padre, es bonito, pues es frágil y delicado
- ¿Quieres otro? haré que tallen uno expresamente para ti.
- Padre, ¿acaso conoces a quien lo talló? En ese caso... ¿no podría venir a la corte? Me gustaría verle trabajar y sin duda, me entretendría.

Su padre accedió gustoso y así fue como el hijo del cristalero acudió a la corte mientras que el padre siguió atendiendo el puestecillo de figuras de cristal.

Desde el principio los jóvenes congeniaron a la perfección y ella se mostró muy interesada por su trabajo.

El hijo del cristalero iba al principio tres veces por semana a palacio, pero acabó acudiendo casi a diario.

Un día ella le preguntó:

- Kristian, ¿Qué es lo más bello que serías capaz de tallar?

A lo que él contestó,

- Un beso

Casi sin darse cuenta estaban iniciando un romance prohibido que debía permanecer a espaldas del rey.

Pero en todos los palacios siempre hay cuchicheos y una de las doncellas les sorprendió cogidos de la mano en el jardín, alarmada, se lo comentó a la cocinera, ella al chambelán... al final llegó a oídos del mismísimo rey, que se puso hecho una furia y prohibió la entrada del cristalero a palacio.

La princesa se moría de tristeza y, tanto le amaba que una noche de luna llena escapó disfrazada hasta un bosque en el que, según había escuchado cuchichear a las criadas de palacio, se reunían unas brujas para hacer conjuros de magia blanca y encantamientos de amor.

En efecto, allí estaban. La princesa se hizo pasar por una de las criadas y así consiguió que las brujas le hiciesen uno de los encantamientos de amor más efectivos, pero a la vez más arriesgados.

- Sabrás realmente si él te ama cuando todo suceda, le aseguraron las brujas, pero si sale mal, lo perderás TODO. Mientras tanto, el hijo del cristalero no se había quedado atrás y lo estaba preparando todo para huir con la princesa. Le escribió una carta instándola a esperarle en el balcón de sus aposentos, él llevaría una larga soga para que bajase, y ambos huirían del reino para amarse en libertad.

Pero la carta fue interceptada en palacio.

La princesa volvió sigilosa al palacio y su padre la esperaba en sus habitaciones, le mostró la carta a su hija.

Ella le rogó que no le hiciese ningún daño, que ella le amaba, que no le importaba que no fuese noble... El rey se enfadó muchísimo y le dijo que ella solo podría casarse con quien él dispusiera.

En esos momentos, la princesa se dio cuenta de que no había nada que hacer y que la única solución que tenía era confiar en el amor de su cristalero y se bebió el brebaje que las brujas le habían preparado.

Kristian, que esperaba al pie del balcón, extrañado al ver que ella no acudía a la llamada pensó que tal vez no le

hubiesen entregado la carta, así que lanzó la soga y ascendió hasta el balcón. El rey le esperaba para apresarle. Para entonces, la princesa Cristel ya empezaba a notar los miembros entumecidos, la sangre dejaba de palpitar en ella, su piel era ya translúcida y, en breves segundos, quedó convertida en la más bella figura de cristal de tamaño humano de todos los tiempos.

El hijo del cristalero se quedó sin respiración al verla. Su padre, que había estado de espaldas mientras sucedió el fatídico prodigio, pensó que los ojos le engañaban, que era una figura que el artesano había tallado a imagen y semejanza de su hija.

Decidido, se acercó al pretendiente gritando feroz, pero el muchacho fue más rápido. Él le esquivó e intentó coger la figura. El rey al perseguirle pasó junto a la figura y vio que sus pupilas parpadeaban...

- Maldito seas!!, ¿Qué le has hecho a mi hija?, Ni aún así será tuya.

Cogió en brazos a la figura que aún podía difícilmente flexionarse y tras depositar un beso en su frente y lanzar una mirada de odio al doliente Kristian, dejó caer a la princesa de cristal al suelo, y ella se rompió en mil añicos. Sin ni siquiera derramar una lágrima salió de la habitación dando un sonoro portazo.

Kristian, en vez de huir, pues sabía que aquello le costaría la muerte a pesar de no haber tenido él la culpa, se quedó allí, reuniendo todos los trozos de cristal e intentó unirlos como mejor pudo. Sus lágrimas de amor iban cayendo entre las juntas de los cristales.

Finalmente, se quedó dormido. Y los primeros rayos de sol se ocuparon de que aquel llanto sincero uniera las piezas. El encantamiento cesó de este modo y la princesa calló con besos su asombro al despertar y hallarse entre sus brazos. Los jóvenes huyeron así del reino para vivir siempre juntos lejos de aquel injusto rey que no sabía lo que era el amor.

FIN!!!

© Jánika
(Laura D.H.)
24 de marzo del 2002